

Milena Moser

# El grupo de los lunes

Traducción del alemán de  
Rosa Pilar Blanco

alevosía 

Para Thomas, this one, not the last one

## **Primera Parte**

¿Qué demonios hacemos aquí?

*Se sentó en la estrecha cama. Era dura. Un pesado marco de metal atornillado a la pared. Encima, un colchón con forro de plástico, la almohada, un ancho edredón. Bajo la ventana, a todo lo largo de la pared, una mesa de cemento, un taburete, también de cemento, fijo. Encima, un cojín amarillo. La ventana, enrejada. Un sol pálido iluminaba el interior. Sobre la mesa, su plato de plástico azul. Cubiertos de plástico. Ropa de cama amarilla, un pijama azul. Guante de tocador, toalla, dos bayetas. Le habían dicho que tenía que hacer la cama. Se levantó, recogió de la mesa la ropa de cama y puso el almohadón. Después volvió a sentarse. La funda de plástico del colchón chirrió. Estaba sentada en el camastro, las manos bamboleándose entre sus rodillas. En la pared de enfrente, un lavabo y un espejo de metal. Una ducha abierta. Al menos, el retrete tenía puerta. Las paredes eran de cemento, pintadas de gris, las vetas del cemento se transparentaban. Ella había pernoctado en hoteles de diseño con paredes similares. Pensó en Peter, su exmarido, del que se había divorciado. «No necesitas más que media hora», solía decir, «para devastar cualquier habitación». Allí no le sucedería eso. Allí ni siquiera podría hacerlo. Aunque quisiera.*

*Suspiró. En esa celda no había nada. Nada que pudiera perder, ni que pudiera dejar tirado por ahí. No había pilas de libros, ni montones de ropa, ni tubos mal cerrados, ni periódicos sin leer, ni horquillas de pelo, no había nada.*

*Se lo habían quitado todo. La capacidad de decidir, de pensar. Le habían entregado un chándal azul, ropa interior, calcetines, unas deportivas con cierre de velcro. Un cepillo de dientes, una pastilla de jabón. Resonó el*

*sonido estridente de la campana y se levantó. Le dijeron lo que tenía que hacer. En resumidas cuentas, nada.*

*Inspiró y se enderezó. Alzó la cabeza. Se quedaría allí.*

*Así sería posible, pensó.*

*Así podría vivir.*

*draṣṭṛdrśyayoḥ samyogo heyahetuḥ*

El sufrimiento se basa en un malentendido:

equiparar lo percibido  
a lo que hay que percibir

Patanjali Yoga sutra 2.17

## Nevada

Estaba en la postura del perro y se cayó de bruces.

Perro que mira hacia abajo. Perro bostezante. Perro muerto de un tiro.

Siendo niña había visto una fotografía en una revista. Un perro de caza alcanzado por equivocación. Yacía de costado, bajo su cuerpo, como una manta, sobre las hojas otoñales mojadas, sangre oscura. Tenía las patas delanteras encorvadas, muy pegadas al cuerpo y dobladas hacia dentro, como si intentase rezar.

Nevada, la mujer cubierta de nieve, yacía allí ahora. Sobre la gastada esterilla azul de yoga que era su hogar. Su nariz apretada contra el plástico blando, azul vibrante ante sus ojos; los cerró.

Dormir al fin, pensó. Quedarse tirada sin más y no volver a levantarse nunca. Desde hacía semanas la torturaba ese peso, como si la fuerza de gravedad se hubiera multiplicado, incapaz casi de levantar los brazos, de mantener la cabeza erguida. Cada movimiento le exigía una fuerza de la que carecía. Además desde hacía unas semanas se despertaba como el perro de caza muerto de la foto: las muñecas dobladas hacia dentro, los dedos estirados contra las palmas de las manos como si llevara una cinta de goma en el interior de los brazos. Una cinta demasiado corta que tiraba y le producía un hormigueo. A veces se tensaba de pronto, al segundo siguiente se distendía y sus dedos se bamboleaban. El dolor apenas era perceptible como tal, un zumbido soterrado, soportable,

pero constante. A veces el hormigueo se reavivaba, incrementándose hasta convertirse en punzadas. Líneas eléctricas se tensaban subiendo hacia los codos, hacia los hombros. Una vibración, un zumbido, una suerte de dolor de muelas, solo que en las manos. Se sorprendía cruzándolas cada vez con más frecuencia. Como una imagen de la Virgen María, pensaba, y después: ¿por qué me ocurrirá? ¿No llevaba diez años rezando ante los altares de las divinidades hindúes? Con una mano rodeó su muñeca y la presionó con suavidad, como si pudiera mantener a raya las terminaciones nerviosas. Como si el dolor se pudiera encerrar en el interior del cuerpo, en el sitio donde moraba, donde dormía.

Nevada tenía treinta y seis años y era profesora de yoga. Se levantaba todas las mañanas a eso de las cinco y hacía ejercicios en solitario durante dos horas. Daba clase todos los días, en ocasiones dos veces. Desde hacía veinte años no comía carne, se lavaba los orificios nasales con agua salada, era capaz de cruzar los pies en la nuca mientras se mantenía en equilibrio sobre las manos, y de resaltar y girar como un remolino su desarrollado músculo abdominal. Estaba tan sana como podía estarlo una persona. De pequeña había practicado ballet, sabía lo que podía exigir a su cuerpo. Nevada entrenó aún con mayor dureza y durante más tiempo. Fortalecer las muñecas, pensaba, y ejecutaba *Chaturanga Dandasana*, la postura del palo sobre cuatro miembros, en cuanto podía.

El dolor aumentó. Se frotó las muñecas. Se estiró las mangas del jersey hasta taparse las puntas de los dedos. Después el dolor pasó a los hombros, y ella pensó que era una buena señal. Algo se disuelve, se dijo. Si al menos no estuviera tan cansada.

Se enrolló vendas elásticas alrededor de las muñecas. Pero se las quitó, incapaz de soportar la presión. Tuvo que sacarse los anillos. El delgado hilo rojo que llevaba atado desde su último retiro de meditación parecía encenderse durante la noche y hundirse como un clavo ardiendo en su piel. Lo rompió con los dientes igual que un animal apresado sus ligaduras. Pero sus ligaduras eran más profundas. Estaban bajo la piel. No llegó a ellas.

Después permaneció largo rato despierta, las manos cobijadas entre sus pechos, preguntándose qué consecuencias kármicas tendría haber roto a mordiscos el hilo bendecido por su profesor de meditación. ¿Podía llamarle para pedirle uno nuevo? ¿Era el dolor un castigo? En caso afirmativo, ¿por qué?

El hilo había estado vinculado a un deseo que se cumpliría cuando aquel se deshiciera. Seguramente ahora lo había impedido. De todos modos ya no lograba recordar cuál era su deseo. Seguramente algo parecido a «claridad». Ahora solo albergaba un deseo, y era claro: ¡terminar! ¡Tenía que terminar!

La clase de los lunes por la noche era una de sus preferidas. Conocía desde hacía tiempo a la mayoría de sus alumnos. Lakshmi, la propietaria del Estudio de Yoga del Río, creía que daba demasiadas clases.

«Dominas el estudio», había dicho. «¡Deja que lo intenten también las profesoras más jóvenes!» Las profesoras de yoga, que formaba ella misma, estaban deseando trabajar de una vez. Pero las clases de Nevada siempre estaban llenas. Sus discípulos apreciaban sus lecciones fatigosas y estructuradas con claridad. Querían sudar, no rezar. Nevada no perdía tiempo recitando incomprensibles versos en sánscrito. Con ella solo había que inspirar, estirar los brazos hacia el techo, espirar, rozar el suelo con las manos.

Veinte minutos antes de comenzar, Nevada abría la clase, desenrollaba las esteras, encendía una vela. Después se sentaba debajo del pequeño altar sobre el que reposaba una estatua de Ganesha, el dios elefante, al lado de un jarrón con flores frescas.

Ganesha, haz desaparecer los dolores, se dijo Nevada. Al fin y al cabo la tarea del dios elefante era eliminar los obstáculos del camino. Aunque también ponérselos a uno ante los pies. Era muy posible que Ganesha le hubiera endilgado esos dolores. Pero ¿por qué? ¿Debía ella perder el compás, ser frenada? ¿Sobre qué debía meditar? ¡Ganesha, lo haré todo, pero, por favor, quítame el dolor!

Nevada dudaba de que Ganesha se compadeciera. Era muy duro, al fin y al cabo su propio padre le había cortado la cabeza

por equivocación, sustituyéndola luego apresuradamente por una cabeza de elefante a la que encima le faltaba un colmillo. Las manos ardientes no le impresionaban. Nevada abrió los ojos y se incorporó. Estaba sentada con las piernas cruzadas y las manos juntas en el regazo. Así observaba a los alumnos que llegaban. En la primera fila vio a Poppy, una de sus alumnas más fieles, que colocaba su estera siempre en el mismo sitio, a la izquierda, justo al lado de la puerta. Poppy la miraba de hito en hito, con los ojos muy abiertos. Como si esperase algo de ella. ¿Una respuesta? Nevada parecía frustrar cada vez esa esperanza, y sin embargo, al comienzo de cada clase, Poppy la miraba absorta, imperturbable. Más tarde su mirada se perdería. Poppy ignoraría las indicaciones de Nevada y ejecutaría una sucesión aleatoria de *asanas* que parecía dictarle una voz interior.

Más atrás Nevada descubrió a Marie, que acudía de manera esporádica. Era médica jefe en el cercano hospital cantonal y a menudo trabajaba por la tarde o por la noche. Marie cerraba los ojos, apretándolos, la frente fruncida, como una niña que cuenta por dentro hasta diez. A veces se dormía durante la relajación final, tumbada de espaldas, la boca ligeramente abierta, la respiración convertida en un leve ronquido.

Yacer. Dormir. Con la mente en blanco. La imagen de un cuerpo yacente ya era demasiado. Estaba tan cansada... ¿Cómo podía sentir semejante cansancio una persona? Apenas conseguía mantenerse en pie. ¿Había dormido? Ya no lo sabía.

—Inspirar.

Levantó sus manos por encima de la cabeza, le parecía estirarlas a través de un cemento cada vez más viscoso, que fraguaba deprisa. Cuando las palmas se rozaron por encima de su cabeza, estaba a punto de llorar. Apretó los labios con fuerza.

—Espirar.

Se inclinó hacia delante. Sus brazos se bamboleaban. Guio al grupo por los primeros saludos al sol, despacio, había uno nuevo, un hombre joven con unos pantalones de gimnasia modernos, que doblaba la espalda con esfuerzo, estiraba las manos hacia abajo,

muy lejos del suelo. Una y otra vez levantaba la cabeza, miraba a su alrededor por la sala, sus ojos se deslizaban furtivamente por los cuerpos femeninos que lo rodeaban. Más tarde les enseñaría la postura del pavo real, los hombres reaccionaban a esas demostraciones de superioridad.

—*Chaturanga Dandasana* —dijo la profesora.

Su cuerpo se inclinó despacio, sosteniéndose plano como una tabla. Se detuvo a un palmo del suelo, volvió la cabeza hacia la clase, la mitad de los alumnos yacía tumbado sobre la barriga. A Nevada le habría encantado imitarlos. La pesadez que la acompañaba desde hacía semanas la oprimía.

—*Urdvha Mukha Svanasana*, el perro que mira hacia arriba.

Nevada estiró los brazos, alzó el torso hacia arriba, echó la cabeza hacia atrás, nunca había visto a un perro en esa postura.

—Espirar, *Adho Mukha Svanasana*, el perro que mira hacia abajo.

Quince traseros se alzaron en el aire.

—Seguid respirando —ordenó Nevada.

Ella quería levantarse, recorrer la sala, colocar su mano sobre la espalda del nuevo, corregir su postura. Vio cómo vagaba su mirada, y el espíritu de Nevada la acompañó en su vagabundeo, y de pronto sus muñecas se doblaron. Durante un instante su trasero permaneció suspendido en el aire, como si pudiera anclar allí su cuerpo. Al instante siguiente yacía tendida sobre la estera. Con la boca llena de sangre.

## Ted

Allí estaba. Con las piernas dobladas y la cabeza agachada. Rodeado de mujeres que estiraban sus traseros en el aire. A cual más bonito. Ceñidos y envueltos en negro y gris. Uno gigantesco, de color rojo sandía, flotaba justo delante de él. Cuando alzaba la cabeza, cuando se estiraba hacia delante... El sudor goteaba de su cara y caía sobre la estera de goma negra. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo demonios había ido a parar allí? Era el único hombre. El chiste de

su vida. Tenía treinta y nueve años, era maestro de primaria, uno de los dos hombres de una sala de profesores llena de mujeres, con una hija a la que no entendía, una exmujer que no quería saber nada de él, un contestador lleno de voces femeninas de las que no quería saber nada. Cercado por las mujeres... hasta en clase de yoga. Al menos la hora de prueba era gratis. Así que no había perdido nada. Y tenía una buena historia para contar. Al menos en el futuro podría intervenir cuando otros hablasen de sus clases de yoga.

Y todo eso había ocurrido porque Tina había llegado demasiado tarde. Porque él era de los que tienen que ver una película desde el principio, de los que no pueden deslizarse en la oscura sala del cine después del comienzo. Ahora estaba asistiendo a su primera clase de yoga, y la profesora yacía sobre la estera, sangrando. ¿Debía permanecer en esa postura ridícula, con el trasero en el aire? Sus brazos temblaban. «El yoga no es para blandengues», pensó. Después se puso de rodillas.

Tina casi siempre llegaba tarde. A veces, el fin de semana comenzaba el jueves y terminaba el martes. Pero tampoco podía contar con eso. Habría tenido que estar mejor enterado. La película empezaría enseguida. En la pequeña ciudad solo había un cine. Él solo tenía un amigo.

Odiaba eso. Cuando la pequeña estaba sentada en el sofá, ya con el abrigo puesto, la mochila a su lado, mirando fijamente al frente. Cualquier intento de volver a enredarla en una conversación, de atraerla a un juego, fracasaba en esa mirada fija. Él se esforzaba por no consultar el reloj, jugaba con el móvil, lo exponía a la luz: no había mensajes. Ella nunca llamaba para informarle de que se retrasaría. Cada vez era más tarde. Salvo cuando él no estaba preparado. Entonces, garantizado que llegaba en punto o incluso antes de la hora. Él escuchaba la respiración regular de su hija, sabiendo que ella se avergonzaba.

Y sin embargo había comenzado tan bien. Tina y Ted. Ted y Tina. Un título prometedor. Una pareja de cine. Su relación había sido dramática desde el principio. Intensa. Él habría debido saberlo. Esas películas nunca acaban bien.

Recogió su móvil de la mesa.

—Voy a hacer una llamada rápida.

Emma se limitó a asentir con la cabeza. Él fue a la cocina y llamó a Tobias.

—Oye, no lo consigo.

—Déjame aconsejarte.

—No es necesario.

Tobias lo calificaba de yonqui, de adicto a las «princesas». Se conocían desde el colegio, por entonces Ted ya mostraba una desdichada afición a las mujeres sin corazón. Tobias decía que Ted era un blando. Que tenía que imponerse. Tobias no sabía lo que era pasar un fin de semana con Emma, a merced de su mirada taciturna, de sus esfuerzos desgarradores por no molestarle.

—Puedo esperar sola —le comunicó—. Seguro que mamá no tardará en llegar.

Seis años y ya tan mayor.

—¿Esperar sola? ¿Estás loca? —exclamó él, demasiado alto.

Le lanzó un puñetazo al hombro. Ella lo esquivó. ¿Era posible que no conociera a su propia hija? Tenía los mismos ojos grises que la madre de Ted. A lo mejor era eso.

Tina llegó una hora tarde. No se disculpó. Su mirada lo desafió a que dijera algo. Él se lo pensó mejor.

—Me debes ya dos años seguidos de cuidados —le había reprochado ella en cierta ocasión.

—¿De cuidados? ¡Soy su padre!

—¡Su padre! —había resoplado ella.

Él lo había hecho todo bien. Cuando Tina introdujo en el vaso de lavarse los dientes el test de embarazo con su marca rosa adicional (¿adicionar bebé?), él se había alegrado. Había ido por champán y lo había servido en el vaso de lavarse los dientes.

—¡Desconsiderado gilipollas! ¿Crees que ahora puedo beber alcohol? Es típico —se quejó ella—. Para ti la vida sigue igual. Soy yo la que tiene que adaptarse. ¡Mi vida ha terminado!

—¿Por qué? ¿No quieres tener el niño?

Habían hablado de ello.

—Tu vientre es tuyo —adujo Ted.

Ella se lo echaba en cara todavía hoy, incluso delante de Emma.

—¡Tú! ¡Al fin y al cabo tú querías abortar, no yo!

El embarazo lo había destrozado todo, pensó él entonces. Pero Tina ya estaba insatisfecha antes. Con su vida, con su trabajo, con él. Y siguió estándolo.

Cuando Emma tenía dos años, Ted encontró en el móvil de Tina una serie de mensajes inequívocos. Ella reconoció una aventura ya larga con su superior y se marchó. Ted veía a Emma cada quince días y durante una torturadora semana de vacaciones en verano. Un año más tarde la nueva relación de Tina se rompió, desde entonces veía a Emma cuando Tina necesitaba un canguro. A veces con mucha frecuencia, otras nada en absoluto.

—¡Vámonos ya, mamá!

Emma arrastró a su madre fuera de la vivienda, y Ted se quedó solo. Con la noche apenas iniciada. Era demasiado tarde para ir al cine y demasiado pronto para quedarse en casa. Sin saber por qué cogió un pantalón de chándal, una toalla. Había ido calle abajo hasta el estudio de yoga ante el que pasaba por lo menos dos veces al día. Abrió la puerta de un empujón, subió la escalera y se apuntó a una clase de prueba. Tuvo suerte, estaba a punto de empezar.

Los brazos de Ted temblaban. Le dolía la espalda, le ardían los muslos. ¿Qué iba a hacer ahora? Su vida era un chiste. ¡Su primera clase de yoga y sucedía esto! La profesora yacía de bruces sobre el rostro, inmóvil. ¿Debía imitarla? Sus piernas cedieron. Ted se dejó caer de rodillas. La sandía restallante se elevó —«grandioso trasero», le pasó veloz por la mente—. ¿Por qué pensaba algo así? Por otra parte, ¿por qué llevaba esos ceñidos pantalones rojos si no quería que le mirasen el culo? De pie, sus proporciones se transformaron hasta convertirse casi en las de un perfecto reloj de arena... «¡Controla tus pensamientos, por Dios!»

—Soy médica —informó ella. Se deslizó entre los perros bostezantes, de pie y desplomados, se acuclilló junto a la profesora de yoga y la giró de lado con gesto rutinario. Después se incorporó—.

Creo que se ha mordido la lengua. No es nada grave. Pero por seguridad la llevaré al hospital.

—¿Significa eso que no habrá clase?

Ted volvió la cabeza y la vio, a su lado, sentada sobre una esterilla con estampado de flores, las piernas delgadas cruzadas, el ceño fruncido, el labio inferior proyectado hacia delante.

—Eso parece.

—¡Precisamente hoy! ¡Hoy, que me encuentro tan tensa! —Levantó una mano y se frotó la nuca.

Una princesa ofendida. Enfadada porque la vida no satisficiera una vez más sus exigencias. Ted conocía esa expresión. Estaba indefenso, a su merced.

En su cabeza escuchó la voz de Tobias:

—Ted, idiota, ¿es que no puedes escoger otro modelo? ¡También hay mujeres simpáticas, entérate!

—Conozco mujeres simpáticas —respondía Ted—. No me excitan.

Se volvió hacia la princesa.

—Mientras tanto podíamos tomarnos un café —le propuso—. Abajo, en el bar.

—Yo no tomo café.

—¿Té?

## Poppy

Poppy se levantó. Enrolló su esterilla con cuidado, en la postura de siempre, arrodillada. No miró a Nevada ni a Marie, que se inclinaba sobre ella. Y sobre todo no miró la mancha de sangre que se extendía por la esterilla. Marie se ocuparía de eso. (¿No era demasiado joven para ser médica?) Marie sabría lo que había que hacer.

Poppy no podía quedarse allí. No podía dirigir su mirada hacia la esterilla llena de sangre; ¿era la esterilla personal de Nevada? ¿O una de las del estudio? En caso afirmativo, ¿la tirarían? O en la

próxima clase, sometida a una somera limpieza, ¿volvería a estar sobre el suelo de madera, quién sabe si en el sitio que Poppy había escogido, en la primera fila, completamente al extremo, junto a la puerta?

Poppy casi siempre llegaba tarde. Saludaba con una inclinación de cabeza a la chica en prácticas de la caja, que meneaba la cabeza frunciendo el ceño. «Una nueva», pensaba Poppy. Una universitaria, o quizá una chica de instituto, que no podía costearse esas clases caras y las pagaba trabajando. Una chica joven que tenía toda la vida por delante, que podía imaginarse que había encontrado la solución, la respuesta a todas las preguntas. Todo se arreglaría practicando el yoga lo suficiente. Poppy la envidiaba por eso. Ella había perdido hacía tiempo esa certeza. Llevaba dos años acudiendo todas las semanas a la clase de los lunes por la tarde de Nevada, y su vida no se había vuelto un ápice más sencilla. Pero se habían añadido nuevos problemas; por ejemplo se preguntaba lo que pensaban los demás alumnos de yoga cuando ella se introducía en el estudio durante la breve meditación inicial, desenrollaba su esterilla justo al lado de la puerta y la colocaba sobre la esterilla del estudio. Por mucho que se esforzase por no hacer ruido, siempre tiraba un bloque de yoga o una botella de agua. A veces creía oír resoplar con impaciencia a los que se sentaban cerca. O quizás solo estaban practicando el aliento de fuego. Poppy se traía de casa su propia esterilla, una base antideslizante, una toalla, una botella de agua. Construía un muro entre ella y los demás alumnos, sus ojos centrados en Nevada. Esta había contado en una ocasión una historia sobre un maestro indio que lo primero que pedía a sus alumnos occidentales era colocar un pie (¡desnudo!) sobre la esterilla del vecino. Poppy sabía a quién iba destinada esa historia. Ella captaba la mirada acerada de Nevada sobre su arsenal. A lo mejor debía decírselo alguna vez a la profesora, a solas, después de la clase. Pero tenía la impresión de que Nevada la evitaba.

Poppy ya había practicado el yoga veinte años antes, cuando aún no estaba de moda. Era un tipo de yoga diferente, más lento, y, a pesar de todo, su cuerpo lo había recordado. Algunos

ejercicios los consideraba un regreso al hogar. Como si nunca hubiera hecho otra cosa. Otros le parecían falsos. Se lo comentó a Nevada. Esta la escuchó y luego le recomendó otro curso. No era esa la intención de Poppy. Solo pretendía demostrarle que no era una alumna como las demás. Por una parte era con diferencia la de mayor edad del grupo. Y, esto lo percibía satisfecha, la más flexible. Cuando inclinaban las piernas desde la postura de la vela hasta la postura del arado, ella era con frecuencia la única cuyas puntas de los dedos rozaban el suelo. Como es natural, no debía compararse con el resto. Y menos estando de espaldas y con los pies colocados detrás de la cabeza. Una vez su nuca reaccionó con un crujido al ligero giro, a continuación le dolió durante días. Sintió pánico. Miedo a que se le cayera la cabeza.

«¡Si no tuvieras pegada la cabeza al cuerpo...!», le espetaba su madre en el pasado. Entonces Poppy se llevaba involuntariamente la mano a la nuca, como si pudiera notar el pegamento. Como si tuviera que cerciorarse de que realmente era así.

La madre de Poppy suspiraba. Acababa de pedir a su hija que quitase la mesa, la niña asintió obediente y después, apenas tres segundos más tarde, se marchó a la cocina con las manos vacías. Allí Poppy se detuvo un instante, preguntándose a qué había ido, abrió la nevera, sacó la botella de leche y la colocó sobre la mesa de la cocina. Ahora le faltaba un vaso. Sobre el escurrerplatos, junto al fregadero estaban los vasos en fila, boca abajo, sobre la blanda base de plástico acanalado. ¡Su madre insistía siempre en que Poppy secase y guardase inmediatamente los vasos, y luego ella misma no lo hacía! «Es injusto», se dijo Poppy, cogió un vaso y limpió el borde todavía mojado en el peto de su falda de pana, que, según comprobó al momento, no era nada absorbente. Llenó el vaso de agua y se lo llevó a su habitación.

—¡Pooopppeee! —gritó su madre desde el comedor.

En realidad Poppy se llamaba Annamarie, pero su madre, oriunda del cantón de los Grisones, la llamaba Poppeia o Poppe, «niña». Más tarde, en América, se convirtió en Poppy. Ella ya no recordaba cómo se llamaba el hombre que transformó así su

nombre, solo lo que había dicho: «Eres como una amapola, embriagadora y efímera...». Las amapolas eran de piel delgada, inestables, y se dispersaban a los cuatro vientos. Una ráfaga de aire las quebraba, una gota de lluvia las descabezaba. Poppy consideraba que el nombre le cuadraba.

—¡Pooopppeee! —gritó su madre, y la niña se volvió...

¿Qué es lo que había hecho mal esta vez? Miró hacia abajo, gotas de agua en el peto de pana, los calcetines caídos... ¿qué había hecho?

Entonces lo recordó: ¡quitar la mesa! ¡Fregar los platos!

—¡Lo siento! —exclamó y, depositando el vaso de agua sobre la repisa de la ventana, regresó deprisa al comedor.

—¡Si no tuvieras atornillada la cabeza...!

Poppy quitó la mesa. Rascó los restos de comida de los platos y los tiró a la basura. Dejó que *Toro*, el perro, lamiese los platos. Después los apiló en un barreño de plástico y dejó correr el agua caliente sobre ellos. Uno, dos, tres chorros de detergente, espumó. Montañas nevadas.

Justo encima del grifo colgaba una postal del lago Silser. Poppy se imaginó a su madre allí de pie, fregando los platos mientras contemplaba la postal deseando estar en su hogar, en las montañas grisonas. A Poppy no le gustaban las montañas. Pasaban allí todos los inviernos, todos los veranos, su madre y ella, con su muy nutrida parentela. Sus primas y primos era deportistas, prácticos, de mejillas coloradas. Sabían recoger vacas en un aprisco, saltar desde una peña al lago gélido, salir con elegancia de la pista de esquí antes de llegar al final del remonte... Entre sus primas, Poppy se sentía todavía más incapaz que en casa. También porque sus tías solían observarla con el ceño fruncido, cuando golpeaba la mesa con la rodilla derramando la leche, o cuando se olvidaba de cerrar la puerta de la conejera después de echar de comer a los conejos. Por la noche, con la linterna, había buscado a esas bestias enormes, pero solo pudo volver a atrapar a uno de los cuatro. Tuvo que pagar los conejos. Con su dinero para gastos. «Eres una soñadora», decía la abuela. «¡Eso no lo has robado!»

La madre de Poppy no era como las tías, ni como las demás mujeres del pueblo. Ella se había largado, había escapado con un habitante de las tierras bajas, de la llanura, el padre de Poppy. A pesar de todo, retornaba a su pueblo en verano y en invierno. Y Poppy tenía que acompañarla.

—¿No puedes prestar atención?

La voz de su madre la trajo de vuelta a la cocina, al fregadero del que rebosaba la espuma, demasiada espuma. El agua goteaba sobre los zapatos de Poppy. Sus gafas se habían empañado. Su madre la apartó con rudeza agarrándola del brazo y cerró el grifo.

—Vete a tu cuarto —ordenó—. Das más trabajo que el que me quitas.

En su habitación, Poppy se sentó ante su escritorio. Mejoraría. Ordenaría su habitación. Colocaría su material escolar en cajones y pondría etiquetas en cada cajón: Matemáticas. Lengua. Conocimiento del Medio. Ya nada se le perdería ni se le olvidaría. Todas las tardes haría los deberes... tenía que hacerse un horario. Lo que necesitaba era un corcho encima de su escritorio, como el que tenía su amiga Regine. En él colgaban, junto a sendas fotos de Bernhard Russi y de David Cassidy, su horario de clases, comunicados del colegio sobre la excursión anterior a las vacaciones, actividades deportivas, tutorías... Chinchetas de gruesas cabezas redondas sujetaban los comunicados; Regine tenía todo constantemente a la vista, ella sabía siempre las asignaturas que tocaban al día siguiente, los deberes que tenía que hacer. Regine nunca estaría más sola que la una ante las puertas cerradas del colegio por haber olvidado que ese día no había clase, para después no atreverse a ir a casa. La tentación de regresar a su hogar, a la cama caliente, a su libro, era grande, pero sabía cuánto la regañaría su madre.

—¿Es que no tienes otra meta que amargarme la vida? ¿Crees que me divierte levantarme a las seis y preparar el desayuno a *madame*? ¿Para nada de nada?

Poppy se marchó a casa de Regine, como si hubiesen quedado. Su madre la creía en el colegio. Poppy no tenía hermanos. Hacía

mucho tiempo que había dejado de preguntar por ellos. Un mañana muy temprano, oyó discutir a sus padres en la cocina.

—Pero si no te las arreglas con una hija —había argumentado su padre—, ¿qué piensas hacer con dos?

Su madre lloraba, quería tener más hijos, pero Poppy era una niña difícil, si no hubiera sido tan difícil... Y eso que ella se esforzaba mucho. Todas las noches se hacía nuevos propósitos, y todos los días fracasaba al ponerlos en práctica. Su escritorio estaba delante de la ventana. Si Poppy quería colgar un corcho, tenía que correr la mesa hasta la pared. De repente el corcho parecía la solución a todos sus problemas, el requisito imprescindible para una nueva existencia en la que lo haría todo bien. Poppy intentó arrastrar la mesa, tiró de ella, uno de los cajones resbaló y cayó con estrépito sobre la moqueta. La vecina de abajo llamó al timbre y exigió saber por qué los Schneider no respetaban la hora de la siesta prescrita legalmente entre las once treinta y las trece. ¡Y justo durante las noticias! Menudo estruendo, uno no entendía ni sus propias palabras. ¿Y si hubiese estallado la guerra? En ese caso los vecinos de Rathausgasse, 17 no se enterarían, porque los Schneider siempre hacían un ruido espantoso. La madre de Poppy se disculpó. Después entró en la habitación de su hija sin llamar a la puerta, vio el cajón del escritorio en el suelo, los cuadernos desparramados, los lápices desperdigados, la mesa ligeramente apartada de la ventana. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Meneó la cabeza.

—¡Acabarás llevándome a la tumba! —exclamó antes de salir de la habitación.

Esa tarde Poppy se encerró. Tiró al suelo todo lo que estaba encima del escritorio, cuadernos, papeles, barras de pegamento, tijeras, a continuación volcó encima el contenido de los tres cajones del escritorio. Se cubrió la mano con la manga de su jersey afelpado y limpió con él el tablero de la mesa y los rincones de los cajones. Con un lápiz de color escribió en el fondo de cada cajón lo que debía contener.

Papel y lápices de colores. Útiles de bricolaje. Enseres escola-

res. En el cajón de arriba escribió además: *Odio las montañas y a mi madre.*

Después volvió a guardar todo en los cajones. Acercó de nuevo la mesa a la ventana, no cambiaría su cuarto ni pediría un corcho a su madre. Pero, ya que estaba en ello, podía ordenar su armario. Sacó todos los jerséis, camisetas, calcetines amontonados con descuido, y los colocó de nuevo. Mientras tanto pensó por primera vez: «Mamá no es mejor que yo. Ella tampoco es capaz».

La ropa estaba arrugada, algunas prendas olían a mohó porque su madre no había tenido paciencia para dejarlas secar del todo antes de doblarlas. Poppy recordó los vasos sin secar. Las firmas que su madre olvidaba. Cuando el señor Schumacher la reñía, no siempre era Poppy la culpable. ¡Sí, había olvidado el cuaderno de los deberes, pero su madre también había olvidado firmarlo! Al señor Schumacher no le gustaba que se echara la culpa a otros, por eso Poppy callaba. Pero esa tarde repasó por orden las faltas de su madre.

Se levantaba tarde todas las mañanas y despertaba tarde a su hija. Colocaba la taza con el chocolate con tanta fuerza encima de la mesa, que se desbordaba. Discutía con su marido, que se tomaba un café de pie y sin parar de mirar el reloj. El padre de Poppy llevaba una vida metódica en su oficina, que abandonaba en raras ocasiones. Llegaba tarde a casa, se preparaba él mismo la cena. «Horas extras», lo llamaba. Llevaba su ropa a su madre para que la lavara, con la que solía comer a mediodía. Otros padres, Poppy lo sabía, iban a casa a comer. La abuela no quería a mamá, Poppy sabía cómo la llamaba: cabra montesa asilvestrada.

Cuando abrías el armario del pasillo, se caían bolsos, cinturones y paraguas. La leche a veces se agriaba, porque su madre no la volvía a meter en la nevera después del desayuno. La madre de Poppy no tenía el aspecto de otras madres, el día de visitas en el colegio llegaba tarde porque no encontraba la clase. Solía llevar el lápiz de labios corrido; el pelo, recogido en una coleta, sin cardar ni secar con secador y fijado con laca. Eso solo lo hacía

cuando salía con el padre de Poppy. Para eso necesitaba toda la tarde, y al final él tenía que esperarla a pesar de todo.

Poppy se juró que ella lo haría mejor. Empezaría en ese preciso instante. Arrancó del colchón las sábanas arrugadas y las mantas de lana, hizo de nuevo la cama, alisó las sábanas, luchó con las esquinas. No era tan fácil, comprendía que su madre se esforzase únicamente en contadas ocasiones. Pero al final su cama quedó como Poppy se la imaginaba, bien hecha y lisa. Colocó encima su manta roja de día y añadió unos animalitos de peluche. Se sentó encima con cuidado. Regine había colocado su cama contra la pared y la había transformado en sofá añadiéndole unos cojines de colores. Hasta entonces nadie podía sentarse en la cama de Poppy. Se tumbó encima y se imaginó que era mayor y lo hacía todo bien. Todos los días pondría el despertador una hora antes, se daría una ducha, se vestiría y se peinaría antes de que se despertasen su marido y sus hijos. No los despertaría hasta haber preparado el desayuno. Tendría un bolso con diferentes compartimientos en los que siempre llevaría de todo, llaves, monedero, gafas de sol. Y una lista con todo lo que tuviera que hacer. Una lista que solo tendría que puntear, línea tras línea. Y encima del fregadero no colgaría una postal, sino un horario.

A Poppy le gustaba rellenar horarios nuevos, anotaba las asignaturas con cuidadosa letra redonda, y durante un corto espacio de tiempo todo parecía posible y abarcable. Realizable. Pero luego pasaba la yema del dedo sobre la tinta todavía húmeda, o doblaba una esquina, o volcaba un vaso. Y entonces se daba cuenta de que había anotado todas las clases demasiado tarde, porque la primera, de siete y media a ocho y cuarto, tenía que haber ido en la casilla superior, que ella había considerado un espacio en blanco. El tiempo en que la vida de Poppy parecía abarcable y ordenada nunca duraba mucho.

Poppy dobló la base antideslizante, enrolló la esterilla con cuidado, recogió su manta, su botella de agua, su libro. Se levantó. Caminó hacia la puerta. No prestó atención para no pisar alguna

esterilla. Se imaginaba que oía la respiración contenida, los pensamientos que volaban por el aire: ¿pero cómo, que esta se larga sin más? Sin embargo, todas las miradas estaban dirigidas al lugar que Poppy no quería mirar, a la esterilla, a la mancha de sangre.

—Esto ya va —dijo alguien.

—Esta se va —oyó Poppy.

## Marie

Soy una falsa, pensó Marie. Llevo una doble vida.

—¿Por qué no te vas a casa? —preguntó Nevada.

Balbuzeaba como una borracha. Al caer se había mordido la lengua. Marie le había lavado la boca y se la había secado con unos toques de papel de cocina. La hendidura en la lengua era profunda, pero demasiado fina para coserla. Marie se dio cuenta en el acto de que no era necesario llevarla a urgencias. A pesar de todo metió a Nevada en su coche y la trasladó al hospital cantonal. El tráfico denso de regreso a casa tras finalizar la jornada laboral, la espera en el servicio de urgencias con escasez crónica de personal, ocuparían el resto de la tarde. Llegaría tarde a casa. La puerta del dormitorio estaría cerrada.

—No quiero ir a casa —dijo Marie.

—¿Ah, no?

¿Hablaba en serio? Se encogió de hombros, avergonzada.

—Yo pensaba que eras la mujer más feliz de Suiza. —Nevada cogió una revista de casi dos años de antigüedad que informaba sobre la boda del médico de la serie de televisión más popular de Suiza con una médica auténtica: Marie.

Marie contempló las conocidas fotos en la revista: el sofá alquilado, en el que se reconocía su alojamiento casi sin muebles del casco antiguo. Habían tenido que descalzarse y doblar las piernas. El lector, les explicaron, tenía que pensar que había irrumpido sin avisar en su salón y los había encontrado así: abrazados con dulzura y con los calcetines rotos, sobre un sofá gris demasiado grande,

decorado con numerosos cojines de colores. Marie no sabía cuántos preparativos, cuánta planificación —encerrona, en realidad— se escondía en una de esas instantáneas. En el tiempo que invirtieron en posar ella habría podido extirpar un apéndice. Ella le miraba, él miraba a la cámara; sobre el suelo de madera, delante del sofá, se apilaban libros de medicina y encima del todo su fonendoscopio, preparado y listo. Su hija Stefanie se había negado a posar con ellos. Y en la sección de cartas al director los lectores preguntaban por qué ese actor tan guapo de atractivo dialecto grisón había dejado a su esposa y a su hija por una mujer así. Seguro que las había más guapas. Y desde luego más delgadas.

Gion interpretaba al doctor Marc Santana en la serie televisiva *Hospital Cantonal*. Su papel, el de un médico de urgencias de mirada ardiente emigrado de Kosovo que lucha contra todo tipo de prejuicios, había vuelto a poner de moda pasajeramente entre los espectadores el marchito culebrón. Pero en los últimos meses las cifras de audiencia habían descendido, por lo que habían suspendido la serie. Como todavía se emitían los últimos capítulos había que silenciar esta circunstancia. Ese ocultamiento, ese hacer-como-si, recordaba a Marie los primeros tiempos de su amor. Por entonces le había parecido excitante. En la actualidad, solo fatigoso.

Él la había acompañado durante unos días para ver cómo transcurría su vida cotidiana en el servicio de urgencias y prepararse para su papel. Marie se había enamorado inmediatamente de él, pero no había dejado que se le notase. No era el tipo de mujer que conseguía un hombre así. Ella era la mejor amiga, la madrina de boda, la colega de absoluta confianza. Aquella con la que se podía hablar de todo. Marie era esa mujer a la que podías llamar en plena noche, cuando estabas desesperado, borracho, solo. Marie había visto flirtear a Gion con las enfermeras, con las auxiliares, con las pacientes, ella le había ignorado. Cuando él la invitó a tomar café, pensó que bromeaba. Miró primero por encima de su hombro antes de contestar, pero no había nadie más. Se lo decía a ella.

¿Habría perdido una apuesta?

Gion estaba casado cuando se conocieron.

—Mi matrimonio está roto desde hace mucho tiempo, ya no hay lazos que nos unan, solo estamos juntos por nuestra hija...

¿Le estaría diciendo hoy lo mismo a otra mujer? Qué terrible, pensó entonces. ¿Cómo se puede llegar a eso? Era indigno.

«Qué mujer, qué mujer...», había dicho él. «Nunca he conocido a una mujer como tú.» Eso no se lo había dicho nunca nadie: todo el mundo había encontrado a una mujer como ella. Marie no era nada especial. Gion no opinaba lo mismo: la trataba como a una protagonista. La cortejaba. La necesitaba.

Su mujer, decía, era débil. Su mujer se apoyaba en él. Exigía continuamente. Gion tenía que estar siempre disponible para ella. ¿Y quién estaba disponible para Gion? Marie.

Marie era fuerte. Marie podía salvar vidas ajenas y la suya, la de Gion. Gion se mudó a casa de Marie antes incluso de finalizar sus investigaciones. Antes de que arrancase el nuevo equipo con el doctor Santana, la agente de Gion recomendó una campaña de imagen. Citó a Marie para un encuentro, la examinó como si fuera un mueble del que todavía se desconoce si tirarlo a la basura o conservarlo, y dijo finalmente:

—Médica. De acuerdo. Sería mejor enfermera, pero vale. Puedo trabajar con eso.

Y de ahí surgió más tarde el reportaje doméstico que Marie sostenía ahora entre las manos. Por entonces había sido la mujer más feliz de Suiza. Por entonces nunca llegaba a casa lo bastante pronto. Después de treinta y seis horas de servicio viajaba en taxi al estudio de televisión para verlo y besarlo entre las mamparas de contrachapado.

Ahora demoraba al máximo el momento de abrir la puerta. Aparcaba en la esquina, se deslizaba como una ladrona, alzaba la vista hacia las pequeñas ventanas, confiando en que no estuvieran iluminadas, en que él no estuviera en casa. Pero desde que habían suspendido la serie, siempre estaba en casa. Gion llevaba en paro tres meses y parecía culpar de ello a Marie.

«Llevo una doble vida», se dijo Marie. En casa no soy la mis-

ma que en sociedad. Llegaba a casa y disminuía una cabeza. Se la quitaba y la colocaba junto con sus llaves en la bandeja de la mesa de la entrada. Al cruzar la puerta de su hogar, dejaba de existir. Ya no era la doctora Marie Leibundgut, la médica competente, sino una mujer tremenda e inútil que todo lo hacía mal. Y su trasero también era demasiado gordo. Solo sentía su peso cuando llegaba a casa. Bajo la bata blanca que se ponía para trabajar se balanceaba majestuoso a cada paso. La anclaba. Le confería prestancia. A Marie le gustaba su culo.

—Iré a ver cómo va el informe. —Marie se levantó.

Como jefa del servicio de urgencias decidía también en su turno los ingresos. Allí la conocían. Aunque no llevase bata blanca, las enfermeras y los pacientes se apartaban respetuosos. Ella caminaba por el centro del pasillo, con la vista al frente, muy lejos, hacia delante. Como si mirase directamente al futuro y este le deparase la resolución de los problemas, la curación de sus pacientes. Ante el mostrador de ingresos estaba un médico residente desgarbado con la bata arrugada. Tenía su largo cuerpo inclinado de manera antinatural para poder flirtear con la enfermera a través de la ventanilla. Esta fue la primera en divisar a Marie y su sonrisa se esfumó en el acto. El hombre joven se volvió.

Tenía las gafas manchadas, los ojos tras ellas, cansados.

—Doctora Leibundgut, ahora mismo iba a... su paciente... —observó, nervioso, el informe en el que no ponía mucho, salvo los datos para el seguro.

—Colega... —Marie lo saludó con una inclinación de cabeza.

Notó cómo él escudriñaba su cerebro fatigado. Ella recordaba muy bien ese miedo de su época de residente, el temor constante a pasar algo por alto, a tomar una decisión equivocada, a las consecuencias drásticas. Por aquel entonces ella era consciente de que tenía vidas en sus manos. Un apéndice diagnosticado como gastroenteritis podía reventar. Una pastilla contra el dolor, enmascarar un tumor cerebral. Como médica residente había visto la muerte, brotaba por todas las rendijas como una niebla negra, se colaba trémula por debajo de las puertas, hinchaba las finas

cortinas que separaban las camas del servicio de urgencias. Marie agitaba los informes de sus pacientes, las páginas de sus manuales, los artículos especializados, los faldones de su bata blanca. Pero la niebla no retrocedía. Siempre estaba allí. Su misión personal era mantener en jaque a la muerte. Impedir que se extendiese por el hospital.

Le costó meses volver a ver una nariz sangrante sin sospechar en el acto lo peor. Hasta que volvió a ver lo que yacía ante ella: la vida. Una vida con una enfermedad, con una lesión, con dolores. Hasta que supo en qué consistía su misión: no en vencer a la muerte, sino en trabajar con la vida. Entonces cambió a la unidad de cuidados intensivos, y todo regresó. Marie volvió a pensar solo en lo peor.

¿Por qué se le doblaban las muñecas a una mujer joven y sana, y encima profesora de yoga? Marie había visto la leve vacilación con la que Nevada puso sus manos encima de la esterilla, la respiración con la que se infundía ánimo. Dolores, pensó en ese momento Marie, es la típica señal de un dolor ya conocido. De un dolor del que se sabe que es inevitable. Su caída no había sido espectacular, los brazos doblados, el cuerpo tendido sobre la esterilla, casi habría podido considerarla un acto deliberado. Durante un instante, Marie se distrajo por culpa de una mirada que sentía en su trasero, como si lo rozaran. No se había dado cuenta enseguida de que quedarse quieta, tumbada sobre la tripa, no había sido a propósito. De que Nevada apretaba el rostro contra la colchoneta de un modo antinatural. De que la mancha que se extendía por debajo era sangre.

El médico residente propuso con torpeza unos cuantos análisis. Marie le interrumpió.

—¿Podría volver a examinar a la paciente? No es necesario coser, pero no me gusta que tenga las muñecas dobladas. Voy a remitirla a los reumatólogos.

¿Entonces por qué la ha traído aquí?, preguntaron los ojos del residente. Pero alumbró la boca de Nevada y confirmó el diagnóstico de Marie. No era necesario coser. De repente, Marie se sintió vacía.

Llevó a Nevada, que vivía en una habitación encima del estudio de yoga, a la Fábrica del Río. Ya eran más de las once, pero el bar de la planta baja estaba abarrotado. Marie se sentó junto a la barra, pidió un bocadillo de queso y una copa de vino tinto. En un rincón se sentaban dos alumnos de yoga, los saludó con una inclinación de cabeza, pero no se percataron. Enfrascados uno en el otro, se sentaban a una mesa rinconera, sus manos no se rozaban, pero sus miradas no podían separarse. Marie aún recordaba perfectamente ese sentimiento. Se acordó del principio. Entonces los dos tenían jornadas de trabajo imposibles, que impedían una vida normal. Se encontraban a deshora, caían uno sobre el otro con la desesperación de los agotados, de los que tienen baja la glucosa en sangre, se dormían, despertaban, continuaban. ¿Cuánto hacía ya? No mucho. ¿Qué había pasado?

Marie fue la última cliente del bar. Dejó una generosa propina en la barra y se marchó a casa. Dio un rodeo. Pero llegó un momento en el que ya no era posible demorarlo más. Abrió la puerta. Oía a cerrado. El televisor estaba encendido. El sofá —entretanto se habían comprado uno, rojo, no gris— estaba abierto como cama de matrimonio; dos cabezas de rizos oscuros reposaban juntas sobre la almohada. Gion estaba viendo una carrera de Fórmula 1. Sin sonido. Cuando oyó entrar a Marie apagó el televisor y se levantó.

—¿Dónde has estado?

—En el curso de yoga, como todos los lunes.

—¿Hasta ahora? Es casi medianoche. Reconócelo: ¡has olvidado que hoy estaba aquí la pequeña! —La pequeña tenía trece años—. Lo haces a propósito. Te niegas a pasar tiempo con ella, y luego te asombras de que no te quiera.

¿Que Stefanie no la quería? Marie no lo sabía.

—Lo siento —se disculpó—. He tenido una urgencia.

—¿En yoga?

—Sí, en yoga.

—¡Por favor, que quiero dormir! —Stefanie alzó su cabeza sobre la almohada. Sin la pintura de ojos brillante que llevaba durante el día, parecía muy pequeña. Casi una niña.

—Ay, Stefanie. Siento haberte despertado. He tenido que llevar a nuestra profesora de yoga al hospital. Una urgencia.

—Pues yo creía que el yoga era sano.

—¡Papá, tú no tienes ni idea! El yoga se practica para tener un culo apetecible. —Stefanie soltó una risita.

Marie se miró. Los pantalones rojos que le habían parecido bonitos esa tarde, de pronto se le antojaron ridículos. Casi obscenos.

—Me voy a dormir —anunció—. Trabajo mañana temprano.

Salió de la habitación. Gion se levantó y la siguió.

—Nunca estás disponible para mí —gritó.